

Así como la imagen de Dios residió en el alma, así también el pecado tiene su asiento y origen allí y no en el cuerpo material. El cuerpo físico es, en efecto, llamado «el cuerpo de pecado» (Ro. 6:6), porque es el órgano por medio del cual el alma trabaja. Nosotros no tenemos un alma pura aprisionada en un cuerpo pecaminoso, antes bien el cuerpo es controlado y dominado por un alma pecaminosa (Ro. 6:12, 13).

3. Las consecuencias del pecado. Toda transgresión de la ley está inseparablemente conectada con la culpa; «él ha pecado y es culpable» (Lv. 6:4). El acto de pecar no es idéntico a la culpa del pecado. La culpa continúa agobiando nuestra conciencia mucho después que el acto pecaminoso ha terminado.

Aunque nosotros decimos que un hombre es culpable de este o aquel pecado, él es, de hecho culpable de toda la ley. Todos los mandamientos son la expresión de la santa voluntad de Dios y son, en consecuencia, una unidad. Al transgredir uno de esos mandamientos el hombre rompe las restricciones de toda la ley (ejemplo: Abrirse paso por medio de una cerca o romper una cadena). «Cualquiera que guardare toda la ley, pero ofendiere en un punto, se hace culpable de todos» (Stg. 2:10). Por cuanto todos pecaron (Ro. 3:23), todo el mundo es culpable ante Dios (Ro. 3:19).

A menudo hablamos de pecados grandes y pecados pequeños; sin embargo, todo pecado, por más pequeño que parezca es una ofensa contra la majestad de Dios, y su culpa debe ser medida por la exaltada posición de él, contra quien es cometido. Que Adán y Eva comieran del fruto prohibido no nos parece que fuera un gran crimen; mas la desobediencia contra Dios, manifestada en ese acto aparentemente, fue inocente en apariencia la que lo hizo un pecado condenable. El tamaño de nuestra culpa solamente puede ser medido por un criterio, es decir, la majestad infinita de Dios, contra quien hemos pecado. Nosotros nos hemos vuelto insensibles en este respecto y hemos perdido el sentido de la enormidad de nuestra culpa. Si en realidad nos diéramos cuenta de que por nuestros pecados ofendemos la santa majestad del Dios todopoderoso, escasamente

podríamos vivir después de cometer nuestro primer pecado y, como Judas, seríamos llevados a una completa desesperación. Pero recordemos que Cristo nos redimió de la culpa del pecado (2 Co. 5:12), y en él nuestros corazones son purificados de una mala conciencia (Heb. 10:22).

La culpa impone un castigo; en este caso es la muerte. «La paga del pecado es muerte» (Ro. 6:23; vea también Gn. 2:17; Ro. 5:12). Nosotros reconocemos tres clases de muerte: Muerte espiritual, muerte temporal, muerte eterna. Esencialmente, muerte significa separación. La muerte espiritual es la separación del alma de su Creador. En el momento en que el hombre pecó, su corazón se apartó de Dios; él perdió todo temor y amor a Dios, así como también la confianza en él. Tuvo miedo de Dios y huyó de él; estaba espiritualmente muerto. Todos los hombres por naturaleza están muertos en delitos y pecados (Ef. 2:1); están muertos para Dios, muertos en espíritu, aun cuando viven en el cuerpo (1 Ti. 5:6). No hay un vivo deseo, un anhelo por Dios, sino al contrario, todas las inclinaciones y apetitos del hombre son hacia lo material, hacia el pecado (Gn. 8:21). Este enajenamiento de Dios es la causa de todas las penas y tristezas, las preocupaciones y sufrimientos, las intranquilidades e infelicidades, el desaliento y desesperación del corazón humano. Por la fe en Cristo nosotros adquirimos una nueva vida espiritual (Ef. 2:5), somos engendrados nuevamente a una esperanza viva (1 P. 1:3), y llegamos a ser otra vez sus hijos y herederos de la salvación (Gá. 3:26; Ro. 8:16, 17).

La muerte temporal es la separación del cuerpo y el alma, el violento rompimiento de aquellas dos partes que Dios había juntado para formar la persona humana. Adán quedó sujeto a esta muerte desde el momento en que pecó; a esta muerte están sujetos todos los hombres desde el momento de su nacimiento. El hombre, creado para vivir, nace ahora para morir. Su camino por la vida es un camino hacia la tumba. «Está establecido para los hombres que mueran una sola vez» (He. 9:27). Todas las enfermedades y males corporales, dolores y malestares, el trabajo penoso y las desventuras, no son sino precursores de su

muerte final. Para nosotros, los cristianos, todas estas cosas han perdido su aguijón (1 Co. 15:55), y trabajan juntas para nuestro bien (Ro. 8:28).

La muerte eterna es la separación del hombre de la bienaventurada presencia de Dios. «Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno preparado para el diablo y sus ángeles» (Mt. 25:41), donde «será el lloro y el crujir de dientes» (Mt. 25:30). Esta muerte no es aniquilamiento sino castigo eterno (Mt. 25:46). Mas Cristo nos ha librado del temor a la muerte (He. 2:15), y en él tendremos vida eterna (Jn. 3:16; Mt. 25:34-46).

XVI. EL PECADO ORIGINAL

1. El pecado de nuestros primeros padres tuvo consecuencias desastrosas no solamente para ellos personalmente, sino también para toda su descendencia, ya que la culpa de su primera transgresión es imputada, y la corrupción de su naturaleza es transmitida, a todos sus hijos. A la primera se le llama culpa hereditaria y a la otra, depravación hereditaria.

2. **Culpa hereditaria.** En efecto el pecado que Adán cometió fue atribuido primeramente a él mismo y murió a causa de ese pecado. Pero le fue imputado también a todos sus hijos y hasta el día de hoy los hombres mueren por el pecado de Adán. San Pablo nos dice que por la obediencia de Uno, es decir, Cristo, muchos fueron hechos justos, porque la justicia de Cristo es imputada o atribuida a ellos y «por la desobediencia de un hombre muchos fueron hechos pecadores», porque la desobediencia de Adán fue imputada o atribuida a ellos (Ro. 5:19). «Por la transgresión de uno vino la condenación a todos los hombres» (Ro. 5:18). Esto lo prueba él por el hecho de que desde Adán hasta Moisés los hombres murieron, aun cuando ellos no habían pecado «de la misma manera de Adán», transgrediendo, como Adán lo había hecho, un mandamiento expreso de Dios, al cual le estaba agregada la pena de muerte (Gn. 2:17). Pero ellos murieron «por la ofensa de uno» (Ro. 5:14, 15; vea también 1 Co. 15:22). De aquí que la ofensa de

Adán había de ser atribuida a ellos, a causa de la cual ellos murieron. Es cierto, también, que los pecados que los hombres cometen personalmente son dignos de muerte (Ro. 6:23). San Pablo enfatiza cómo el pecado y su culpa hicieron su entrada en el mundo, en la raza humana. El pecado de Adán dio muerte a nuestra raza entera; la muerte reinó suprema. Al entrar en este mundo el pecado y la muerte afectaron a todos los hombres. «Como el pecado entró en el mundo por un hombre, y por el pecado la muerte, así la muerte pasó a todos los hombres, por cuanto todos pecaron» (Ro. 5:12). Que la culpa del pecado de Adán es atribuida a nosotros está demostrado también por el hecho de que todos los hombres y mujeres hasta el día de hoy sufren el castigo asignado a Adán y a Eva por su transgresión específica (Gn. 3:16-19). Ejemplo: un hombre que perdió en el juego su libertad y se convirtió en esclavo, con esta acción hizo también esclavos a sus hijos que no habían jugado como su padre. En forma semejante, la culpa de Adán y su resultado aflige a todos sus hijos.

En relación con esto, sin embargo, debemos recordar que el mismo Dios que nos imputa el pecado de Adán y nos condena, nos ha imputado la justicia de Cristo y nos declara justos por su amor (Ro. 5:18, 19).

3. **Depravación hereditaria.** En otro sentido la caída de Adán también trajo miseria sobre él y su descendencia. Por su pecado nuestros primeros padres perdieron la imagen de Dios y llegaron a ser completamente pecadores y corruptos en su naturaleza. Así como los hijos heredan de sus padres ciertas características y rasgos, a veces hasta males y enfermedades corporales, así también todos los hombres han heredado esa corrupción espiritual profundamente arraigada, la cual llamamos depravación original. Este no es un pecado que los hombres cometen en sus vidas, sino una condición pecaminosa de su naturaleza, la cual ellos adquieren por nacimiento. Al perder la imagen de Dios, Adán engendró un hijo «a su semejanza» (Gn. 5:3). Como él, sus hijos fueron privados de justicia, santidad e inocencia; eran egoístas, buscando solamente su propia ventaja,